

COLECCIÓN AL FARO ZAPATISTA

Haciendo otros mundos posibles: por qué los zapatistas nos importan

Laurence Cox



COLECCIÓN AL FARO ZAPATISTA

Haciendo otros mundos posibles: por qué los zapatistas nos importan

Laurence Cox



323.3097275

C254h

Haciendo otros mundos posibles: por qué los zapatistas nos importan / Laurence Cox.
-- Buenos Aires, Argentina: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales; San
Cristóbal de Las Casas, Chiapas: Cooperativa Editorial Retos; Guadalajara, Jalisco:
Cátedra Jorge Alonso: Universidad de Guadalajara, 2021.

47 p.-- (Colección Al Faro Zapatista).

ISBN Colección: 978-607-8800-20-9

ISBN: 978-607-8800-24-7

1. Neozapatismo 2. Redes 3. Movimientos altermundistas 4. Movimientos antipa-
pitalistas 5. Conocimientos otros 6. Otros mundos posibles 7. Izquierdas europeas.

Primera edición digital: octubre de 2021

© Cooperativa Editorial Retos

Cuidado de la edición: Xochitl Leyva, Sofía Carballo y Julio Diez

Corrección de estilo: Julio Diez, Xochitl Leyva e Inés Durán

Traducción: Anna Holloway

Imagen de portada: *Nuestra Casa Común*, acuarela de Paola Stefani

Diseño de colección, portada y diagramación de interiores: Sofía Carballo

CLACSO – Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales – Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 / C1023AAB Ciudad de Buenos Aires / Argentina /

Tel. [54 11] 4304 9145 / Fax [54 11] 4305 0875

<www.clacso.org> / <clacso@clacsoinst.edu.ar>

Cooperativa Editorial Retos

San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México

<<https://editorialretos.wordpress.com/>> / <gtcutter2016@gmail.com>

FB: <Retos Nodo Chiapas>

Cátedra Jorge Alonso

Calle España 1359, 44190, Guadalajara, Jalisco, México

<<http://www.catedraalonso-ciesas.udg.mx/>> / <occte@ciesas.edu.mx>

Universidad de Guadalajara

Av. Juárez 976, Col. Americana, 44100, Guadalajara, Jalisco, México

<<https://www.udg.mx/>>

Este libro ha sido dictaminado por pares anónimos, quienes garantizan su calidad, actualidad y pertinencia.

ISBN Colección: 978-607-8800-20-9

ISBN: 978-607-8800-24-7

Hecho en Chiapas, México / *Made in Chiapas, Mexico*

CONTENIDO

Haciendo otros mundos posibles: por qué los zapatistas nos importan	7
Paseando a nuestras compañeras: contemplando Dublín juntos	7
Mirando más allá del horizonte capitalista: por qué los zapatistas importan	14
Neurodescolonización	17
Un mundo donde quepan muchos mundos	18
Prestando atención teórica	21
Aprendiendo mutuamente de nuestras luchas	23
Cómo nos ha inspirado el zapatismo	29
Hablando los unos con los otros	30

Pensar como “nosotros”	33
Soplando las ascuas: el significado de la Gira Zapatista	37
Paseando a nuestros compañeros: completando la tarea	40
Bibliografía	45
Acerca del autor	46
Acerca de la colección	47

HACIENDO OTROS MUNDOS POSIBLES: POR QUÉ LOS ZAPATISTAS NOS IMPORTAN

Laurence Cox

Paseando a nuestros compañeros:¹ contemplando Dublín juntos

Aquí hubo gente antes de que el último hielo acabara con todo.

Los primeros en volver después, nuestros ancestros más tempranos, eran de tez morena y ojos azules, de pelo rizado. Dejaron pedernales y concheros, sobre aquella isla al final de la bahía, así como trampas para los peces en una laguna que se encuentra hacia el norte.

Desde la estación de trenes se divisa una tumba que construyeron los primeros agricultores, sobre las colinas que rodean la ciudad. Existen muchos monumentos parecidos: algunos miran hacia el occidente, por encima de los llanos, viendo acercarse el tiempo, rodeados hoy por

¹ Se hace eco del uso zapatista de la terminación “oa” (N. del E.).

el pantano que se formó cuando cortaron los árboles y el agua inundó las colinas.

Nuestras leyendas antiguas no son de un pueblo que nació aquí, sino de ola tras ola de invasores, de las muchas “tomas de Irlanda”, de un grupo de seres extraños tras otro, luego el Pueblo de la Diosa Danaan —los antiguos dioses o “buena gente” que vivían en las antiguas tumbas— y después los celtas, quienes narraron estas historias.

Nuestros mitos más recientes cuentan una historia similar: una historia de muchas invasiones de vikingos, normandos e ingleses, quienes acabaron siendo “más irlandeses que los propios irlandeses”. Si hemos de tener mitos, estos no son malos: muchos pueblos llegaron a estas costas, en tiempos de leyendas y en tiempos de crónicas, y con el tiempo pasaron a formar parte de lo que significa ser irlandés. Esta historia todavía no ha terminado.

Como la mayoría de nuestras ciudades, Dublín tampoco fue fundada por celtas, sino por vikingos, alrededor de una cresta donde un río más pequeño desemboca en otro mayor. El jardín del castillo, donde juegan los niños, se ubica donde otrora sus barcos reposaban en el “remanso negro”, el *dubh linn* de Dublín.

Recorran sus calles: en los topónimos y en los edificios observarán las huellas de conquistas y reconquistas, de guerras religiosas y rebeliones, de plantaciones. Esta fue una de las primeras localidades del Imperio, un lugar de colonización y resistencia, de colusión y rebelión.

Las colinas que se encuentran al sur de la ciudad son atravesadas por una ruta militar y por la cadena de barracas construidas tras el último gran levantamiento campesino de 1798 —parte de la misma ola de revoluciones que abarcó

la insurgencia de los haitianos contra la esclavitud y la Revolución francesa. En la ciudad, delante del museo, hay una fosa común de rebeldes.

Las élites rurales enviaron testimonios de las “atrocidades” de los campesinos a este castillo: cartas anónimas y proclamaciones que los pobres de las áreas rurales empleaban para impedir que los ricos (católicos y protestantes por igual) les subieran la renta y los desalojaran. Estas cartas se encuentran entre las primeras voces de la gente común de Irlanda que tenemos a nuestra disposición (Dunne 2014).

Medio siglo después del levantamiento, los campesinos murieron de hambre cuando la plaga acabó con sus cosechas y el gobierno se negó a ayudarles. Hace años viví en un edificio que había sido un pequeño albergue para quienes recibían comida a cambio de trabajo, en una localidad al oeste del país cuya población es ahora una cuarta parte de lo que había sido antes de “La Hambruna”. Una anciana me contó que, de niña, había conocido a una mujer de edad muy avanzada, quien recordaba la capa de moho al fondo del cubo donde debería haber comida. Cuando uno se pasea por el campo está recorriendo un paisaje de fantasmas.

Los trenes llegaron desde los pueblos desesperados del oeste a esta estación con su vista a las colinas y a la ciudad, donde los pobres inmigrantes vivieron en ciudades perdidas; familias enteras pasaron a habitar la mitad de lo que antaño había sido un comedor. Buscaron trabajo en el puerto o trabajo sexual (Fagan 2000), se alistaron en el ejército británico para exportar el Imperio a Asia y a África o viajaron a las fábricas de Inglaterra o América. Nuestra crisis, exportada, se convirtió en bayonetas inglesas, en

misiones católicas y en comisarías americanas, pasó a formar parte de las crisis de todos los demás.

Y, sin embargo, una generación después de La Hambruna, los campesinos lucharon una vez más y se hicieron con las tierras. Como en Francia, la clase de terratenientes aristócratas casi desapareció y los arrendatarios se convirtieron en pequeños agricultores. Pasaron a crear un mundo a su propia imagen: erigiendo iglesias católicas hasta los cielos para igualar a las iglesias protestantes de los colonizadores, creando escuelas administradas por religiosos, hospitales, casas donde las madres solteras eran obligadas a dar a sus hijos en adopción, escuelas industriales para los pobres de la clase obrera, lavanderías para “mujeres caídas en desgracia”.

Todavía se pueden encontrar las paredes de una de estas lavanderías en la ciudad: sin embargo, las verdaderas reliquias se encuentran en nuestros corazones, en millones de historias de abuso y violencia sexual: de jóvenes mujeres que no sabían qué era el sexo pero que fueron encarceladas por mala conducta u ofrecidas en matrimonios concertados a cambio de tierra y respetabilidad; historias de familias que ordenaron o que no pudieron prevenir el encarcelamiento de sus hijas; de una sociedad que se entregó a la casta sacerdotal; de bebés robados de sus madres; y de personas que hoy en día luchan por encontrar a sus padres, abuelos, hermanos y hermanas.

Bajando un poco por la costa encontramos una historia diferente de resistencia: un joven que dejó la escuela a los 12 años, viajó por todo el mundo como marinero e indigente, llegó a Asia y reconoció el mismo tipo de opresión, se convirtió en monje budista para luchar con la gente local

contra los misioneros del Imperio y en activista contra la colonización en doce países durante el mismo número de años (Turner, Cox y Bocking 2020).

De vuelta a la ciudad, los estibadores se organizaron y se unieron al sindicato. Fueron derrotados por los patrones y la policía, quienes fueron asistidos por la Iglesia y por los nacionalistas de clase media. Aquí se encuentra el callejón donde los trabajadores fueron rodeados y abatidos por la policía. Bordea la oficina de correos donde, tres años más tarde, la primera milicia de clase obrera del mundo alzó la bandera de la rebelión contra el Imperio, en alianza con estos mismos nacionalistas de clase media.

El resultado fue una sociedad regida por la propiedad, una isla dividida, un catolicismo carcelario y un protestantismo punitivo, que exporta nuestro racismo e ignorancia, así como, a veces, nuestro espíritu de rebelión.

Nuestro levantamiento de 1916, así como el Estado que finalmente resultó de él, formó parte de la misma ola de rebeldía que recorrió el mundo e incluyó también a los primeros zapatistas y a la Revolución mexicana; también se caracterizó por algunas de las mismas tensiones. La corriente de ocupaciones de tierra y de soviets de clase obrera en Europa menguó, dejando atrás únicamente un Estado que se hizo llamar Unión Soviética. El Ghadar de India y la Revolución egipcia de 1919 también forman parte de este mismo intento de hacer un mundo mejor.

En las ciudades mexicanas ¿hay también estatuas aburridas como las que nos encontramos ahora, en nuestro paseo, honrando las figuras de su revolución mientras el Estado reprime las luchas de los pobres? ¿Estatuas que nos dicen que la revolución quedó en el pasado, donde no

supone una amenaza, y que no es para nada interesante en el presente?

Y, sin embargo, hoy en día nuestros movimientos invocan el “verdadero significado de 1916” y hablamos a través de los bigotes de James Connolly para nombrar la distancia entre aquello a lo que se aspiraba y lo que pasó, entre lo que necesitamos y lo que tenemos, entre la historia oficial y la realidad cotidiana.

Paséense por Dublín con nosotros, contémplo y verán que aquí se encuentra todo este pasado, como en cualquier lugar. Podríamos tener esta misma conversación mirando un mapa de toda la isla, de todo este continente rebelde o incluso de todo el agitado planeta. Y sabemos que los lugares de cada uno de nosotros tienen otras tantas capas de pérdida y lucha, de esperanza y creación, de errores y posibilidades como el nuestro.

No se puede pensar en nuestras luchas e ignorar de dónde provienen en cuanto a su historia y su geografía, obviar el papel de nuestras propias comunidades e ideas, de nuestras maneras de organizarnos y de lo que creemos que nuestra historia nos ha enseñado: sería una ingenuidad. Sin embargo, dejarnos atrapar por la sensación de lo que es fácilmente alcanzable sería un error de otro tipo.

Esta es, en parte, la razón por la que nos sentimos identificados cuando ustedes se dan el nombre de aquellos que lucharon con Zapata, pero a la vez crean un nuevo lenguaje para el presente.



Fuente: *shell_to_sea_mural*. Tomada de <https://laurencecox.files.wordpress.com/2013/10/shell_to_sea_mural.jpg>.

Mirando más allá del horizonte capitalista: por qué los zapatistas importan

En todo el mundo, los movimientos sociales y las comunidades en lucha se encuentran atrapados por las limitaciones del mundo que hemos creado. Después de la sensación de inmensas posibilidades que acompañó las luchas contra los imperios europeos y contra el fascismo, por el derecho al voto y la igualdad ante la ley de las mujeres, contra las dictaduras y por la oferta estatal, contra el apartheid y el racismo y por los derechos de la comunidad de lesbianas, *gays*, bisexuales, transexuales, transgénero y *queer* (LGBTQ+), tras las oleadas sucesivas de revoluciones hemos bajado la mirada hasta donde ya no podemos ver más allá de los rascacielos, las ciudades perdidas y los campos que conocemos. Nuestras utopías son modelos de Lego, nuestras visiones son teñidas por números, nuestras valientes metas de cambiar el sistema no van acompañadas de la capacidad de actuar más allá de lo inmediato.

Nos encontramos en situaciones muy diferentes —trabajadores migrantes en China o refugiados en Europa, activistas de derechos humanos en India o estadounidenses confrontando a la policía— pero casi todos estamos atrapados por los hechos de nuestras historias específicas hasta hoy. Lo que vemos y lo que da lugar a nuestras acciones es el mundo que hemos creado, los resultados de nuestras victorias y derrotas pasadas, el brillo anaranjado de las luces de las ciudades, la neblina de la contaminación y el horizonte construido por poder y dinero.

Esta realidad material y social viene del carácter dado del propio neoliberalismo: de los procesos intencionados

que nos aíslan a los unos de los otros, fragmentando las relaciones de apoyo mutuo y las colectividades de lucha; pero también viene del desmantelamiento de las historias de proyectos compartidos para rehacer el mundo, como naciones o democracias, como Estados desarrollistas, socialistas o Estados de bienestar, la idea de un proyecto económico o cultural de cambio consciente que había surgido a finales del siglo XIX y principios del XX. Por supuesto, no podemos simplemente retroceder a los proyectos que nos trajeron a este futuro inesperado; pero en la mayor parte del mundo la mayoría de la gente se ha quedado sin las naves a las que habían encomendado sus esperanzas por un mundo mejor. Mientras tanto, los multimillonarios abandonan el planeta y sus satélites ocultan las estrellas, al tiempo que la mayoría de nosotros nos quedamos en las sombras decadentes de los proyectos que llegaron a existir en nuestro rincón del mundo.

El zapatismo nos ayuda a oír el eco de un potencial más vasto, a ser conscientes de que lo posible es más de lo que nuestras historias locales nos cuentan ahora mismo: a imaginar qué podemos hacer para rehacer donde nos encontremos, junto con los demás. Los susurros que nos llegan desde la Selva Lacandona nos ayudan a confrontar los fantasmas de nuestras revoluciones derrotadas; pero también a encarar las derrotas autoinfligidas de cuando nuestros proyectos pasados nos decepcionaron, se volvieron fuerzas de explotación y opresión, pasaron a significar algo diferente de aquello a lo que aspiraban sus autores. Nos recuerdan a los otros mundos, a los mejores mundos de los cuales hablaban o a los que apuntaban estos proyectos y nos preguntan ¿qué haremos ahora?

Con estas palabras no queremos dar la espalda a nuestras luchas pasadas, sino reconocer que fueron intentos difíciles de cambiar el mundo, que ocurrieron en condiciones no deseadas, cuyos participantes a menudo discutían sobre qué hacer; sin contar, además, con la ventaja de la retrospectiva. Ahora sabemos que la independencia nacional, la toma popular de decisiones, la educación masiva, las prestaciones sociales, el fin de las discriminaciones legales o incluso un Estado que se nombra socialista no significan tanto como la mayoría de sus protagonistas a menudo esperaron. Reconocer estas desilusiones no equivale a rechazar los logros de las luchas del pasado; más bien, significa darse cuenta de que, si no hacemos más que repetir estas luchas, probablemente se repetirán también las desilusiones.

Y decir esto tampoco constituye un rechazo de nuestros movimientos actuales, el punto de partida desde el cual yo y otros autores de esta serie escribimos. No podemos realmente imaginar un mundo mejor sin *comenzar* por los movimientos que tenemos, pero en la mayoría de los casos tampoco podemos realmente imaginar un mundo mejor sin *ir más allá* de estos: involucrando, quizás, a muchas más personas, o creando un campo mucho más amplio de aliados, radicalizando en gran medida sus objetivos o transformando su acción. O quizás todo eso a la vez.

Vivimos en un tiempo en el que algunas personas han de celebrar ingenuamente los movimientos porque lo hacen en las esferas de los medios o las editoriales con ánimo de lucro, de unas redes sociales impulsadas por sus propios algoritmos extraños o por un mundo académico motivado por el estatus. Nada de eso ofrece mucho espacio para

que los movimientos puedan reflexionar de manera seria, honesta y abierta sobre dónde se encuentran, sus propias limitaciones y debilidades y cómo superarlas.

Sin embargo, un mundo mejor nos pide que seamos capaces de pensar juntos más allá, como activistas de movimientos, como intelectuales —si esta es la palabra adecuada—, como seres humanos comunes y corrientes, para quienes esta cuestión es de crucial importancia y quienes queremos ser sinceros con nosotros mismos y con los demás.

Neurodescolonización

Una contribución crucial del zapatismo, teórica y práctica, es que proyecta la posibilidad de la *neurodescolonización* (por emplear el término útil de Michael Yellow Bird): de pensar más allá de los horizontes estrechos del capitalismo neoliberal, del patriarcado heteronormativo, del imperio y las sociedades de colonos (Waziyawatin y Yellow Bird 2012), pero también de pensar más allá (por ejemplo) de un nacionalismo irlandés cultural y autocomplaciente que considera que el fin del Imperio es suficiente; o de una narración nostálgica de las genealogías de movimientos europeos pasados.

La neurodescolonización ha de significar más que simplemente desarrollar un nuevo conjunto de palabras en boga a la espera de ser utilizadas para crear carreras, grupos exclusivos y credibilidad en los medios de comunicación, las redes sociales o los espacios académicos, o incluso un conjunto más significativo de ideas que encuentran su lógica interna en esas instituciones. *Esas instituciones y*

sus prácticas intelectuales no son las nuestras y no podemos utilizarlas para emanciparnos, pensando que si simplemente cambiamos los símbolos cabremos en ese entorno.

Hemos de salir de estos espacios y de estos modos de pensar, no simplemente desde el punto retórico, sino también práctico. ¿Podemos aprender a pensar desde y para la *práctica de los movimientos* e intentar encontrar no solo las palabras, sino también cómo trabajar con las palabras para que articulen nuestra acción colectiva y nos ayuden a desarrollarla? ¿O podemos alcanzar una perspectiva histórica e internacional que abarque todos los movimientos y sea lo suficientemente amplia como para evitar que simplemente reciclemos y recombineemos nuestras rutinas locales? ¿Podremos quizás encontrar las herramientas que nos ayuden a ser menos presa de los hábitos mentales y verbales de una cultura moribunda?

Un mundo donde quepan muchos mundos

Los activistas a menudo repiten los gestos del orientalismo en cuanto a un “Otro” que se encuentra en un lugar y tiempo diferente, donde es inocuo y donde puede ser idealizado y luego citado como mejor nos convenga. Más insidiosamente, a menudo invocan a personas en sufrimiento —explotadas, oprimidas, estigmatizadas— que no han sido capaces de desarrollar o sostener movimientos radicales y masivos. Cuando tratamos a otras personas (cercanas o lejanas: las víctimas de femicidio o los jóvenes en dificultades, los desplazados de este mundo o las víctimas de violencia racista) como el objeto de la acción de terceros, se hace más fácil hablar por ellas, puesto que

no existe un actor colectivo a través del cual se puedan hacer oír sus voces. Estos “otros” (presentados como pasivos, en el mejor de los casos desde el punto de vista de la “resistencia” pero nunca de la colusión) acaban por justificar nuestras acciones en términos que nos gusten; este es un problema fundamental de la mayoría de los partidos políticos y grupos de caridad, de la mayoría de las organizaciones no gubernamentales (ONG) y del trabajo de ayuda humanitaria.

El valor que tiene *para los movimientos* (y los intelectuales y los seres humanos) el encontrarse hoy con un “Otro” *activo*, colectivo, radical, es que nos obliga a pensar más allá de nosotros mismos. Cuanto más detenidamente escuchemos a los zapatistas, menos podemos utilizarlos como símbolo de algo que queremos decir o hacer de todas maneras; y más hemos de expandir nuestra propia manera de pensar, de formar parte de aquel “mundo donde quepan muchos mundos” al tratar de permitir que muchos mundos quepan dentro de nuestras mentes.

Resulta sorprendente qué tan difícil es hacer esto. En todo el mundo, los intelectuales radicales invocan constantemente la necesidad de tener “visiones”, “metas” o “utopías” a gran escala. Sin embargo, este deseo de imaginar “Cómo Será Para Todos” —lo que Marx llamaba los libros de recetas para el futuro— ignora lo que pronto se convierte en algo muy patente en los movimientos reales de masas: que hacemos las cosas de maneras diferentes.

Las revoluciones reales y los movimientos de masas que se encuentran a este lado de la revolución no son homogéneos. Siempre consisten en muchos grupos diferentes que operan de modos distintos: tienen cierto grado de

compatibilidad, comunicación y coordinación, pero son *diferentes*. No existe ninguna razón para imaginar que un futuro genuinamente libre —libre de Estados opresores y poder económico, libre de pobreza y violencia, libre de jerarquías culturales y estigmatización— sería uno en que todos hagan lo mismo o se pongan de acuerdo para hacerlo. Y existen muchas razones para pensar que un mundo postcapitalista será un mundo de diversidad: el gesto de imaginar la homogeneidad es propio de una “élite alternativa”, una perspectiva somera en la que lo que importa son “las reglas”.

Lo que el zapatismo inspiró en todo el mundo —pero, sobre todo, en América Latina y en la India, en Europa occidental y en Norteamérica— fue un “movimiento de movimientos”; una unión de diferentes luchas populares que no buscan erradicar u ocultar esta diversidad de participantes, tácticas u objetivos, sino, al contrario, intentar encontrar una manera de trabajar juntos, con lemas como “Un no, ¡muchos síes!”. Un objetivo común: romper el neoliberalismo. Y muchas prioridades y necesidades; muchas luchas.

Como otros proyectos de movimientos, este causó discusiones feroces, en su momento y desde entonces; pero la pregunta había sido más sincera que de costumbre. Siendo diferentes, partiendo de puntos diferentes, ¿cómo podemos trabajar juntos en respuesta a un sistema que nos arroja a una situación de crisis de muchas maneras diferentes? Todavía no sabemos.

Prestando atención teórica

Los zapatistas tienen algo más que mostrar: su existencia y supervivencia, 28 años después de su levantamiento en 1994, pero todavía más desde que emergieron como estrategia política en las tierras marginales de Chiapas. En este tiempo, otros intentos revolucionarios han nacido y desaparecido, pero el hecho de su supervivencia —dada la tremenda pobreza rural y la opresión racista y violenta a la que estas comunidades siempre han estado sujetas— es una realidad *teórica* de enorme importancia. Las revoluciones realmente exitosas de hoy en día no son las que habríamos esperado.

Desde 2012, la emergencia de lo que ahora se conoce como la Administración Autónoma del Norte y Este de Siria, AANES (también conocido por su nombre kurdo como Rojava), ha enfatizado precisamente esto: en las fauces de un régimen asesino, del Estado Islámico, de la invasión turca y de otras intromisiones de grandes potencias, una región marginal de Medio Oriente consiguió crear y mantener su propia revolución contra el Estado opresor y contra el fundamentalismo patriarcal, defendiendo una realidad ecológica y autogestionada por nueve años; el *único otro* “éxito” de las revoluciones vinculadas al 2011 es el Estado tunecino, que se encuentra en grandes dificultades.

Lo que estas dos revoluciones tienen en común es que, en primer lugar, son levantamientos que van más allá de lo étnico-nacional: no representan simplemente a un “pueblo” singular que intenta tomar el poder en el Estado nación o crear el suyo propio. Los zapatistas y AANES no tratan de gobernar sus Estados locales a través de medios militares

o electorales: los zapatistas incluyen a una multiplicidad de grupos indígenas que siempre han existido debajo y por fuera del proyecto del Estado-nación mexicano; mientras que el objetivo de izquierdas-nacionalista de un Kurdistán socialista fue formalmente abandonado por el movimiento kurdo hace unas décadas y el proyecto de AANES representa ahora una variedad de grupos apátridas (kurdos, yezidis, asirios y otros), así como árabes.

En segundo lugar, no buscan la disciplina de trabajo capitalista, la productividad industrial y el “desarrollo” vertical que caracterizaron a los Estados tanto capitalistas como nacionalistas, tanto del Norte como del Sur, en el siglo XX.

En tercer lugar, la indudable combinación de la participación popular masiva (y no un apoyo meramente pasivo) y la orientación radical de los zapatistas y de AANES van de la mano de la actividad autónoma de *mujeres* pobres y apátridas. Muchos proyectos radicales (de diferentes sabores) dieron el patriarcado por sentado y construyeron sus movimientos, a veces incluso sus Estados, sobre esta base; generalmente contaron con la participación de algunas mujeres, en grupos o a título individual, y alcanzaron ciertos logros legales y materiales para las mujeres, pero sin desafiar las relaciones sociales cotidianas del patriarcado. En el peor de los casos, el resultado es un radicalismo de “grandes hombres” que reproduce no solo el patriarcado de la familia, sino las relaciones locales de clientelismo al nivel del pueblo o del barrio.

La revolución (incompleta) de la vida cotidiana que el mundo exterior ve en la forma de la participación de las mujeres en el poder político y en las fuerzas militares, en el lenguaje que proviene de estas revoluciones y en

las medidas tomadas contra la violencia y la dominación masculina, así como en formas radicalmente diferentes de educar a las generaciones más jóvenes, *también* se expresa en la ruptura de algunas de estas cadenas de las relaciones cotidianas patriarcales. No se trata —como muchos activistas del pasado habrían pensado— de una cuestión secundaria a la que no se ha de prestar demasiada importancia por temor a que socave la revolución. Más bien, al transformar las relaciones que constituyen los cimientos de las comunidades más pobres, desata unas fuerzas populares tremendas; contrario a lo que sucede con la lealtad pasiva, coaccionada o tradicional respecto al poder inalterado patriarcal y clientelista.

No es mi intención trazar una estrategia teórica o ideal sobre la base de estos dos ejemplos muy diferentes entre sí. Simplemente quiero señalar que —en un mundo donde otros tipos de revolución que nos resultan más familiares están, en el mejor de los casos, en apuros o, en el peor, aniquilados— parecen ser mucho más exitosos de lo que cabría esperar; y que sus similitudes podrían indicar el camino para un análisis de cómo el poder opera hoy en día, un análisis que los revolucionarios y los intelectuales de los movimientos deberíamos tomar en serio si queremos cambiar el mundo.

Aprendiendo mutuamente de nuestras luchas

Otra consideración es la vinculada a las cualidades específicas de lo que llamamos *indigeneidad*, que podría ser de peso en otros contextos. A saber, en la actualidad, como ha ocurrido tantas veces en el pasado, los medios

de comunicación del mundo —incluso su sector radical— están prestando mucha atención a la autopresentación de personas blancas privilegiadas que dicen conocer la estrategia correcta para la tarea necesaria de derrotar un sistema que nos está llevando a la aniquilación a través del cambio climático. Con respecto a esto, la diferencia entre (digamos) Extinction Rebellion y Andreas Malm² es mínima: de hecho, ninguno de los dos ha conseguido más que una fama de diferente índole, una motivación importante hoy en día.

Al contrario, los grupos que *sí* han conseguido una resistencia eficaz contra la industria de los combustibles fósiles son en gran medida indígenas, desde los Ogoni del Delta del Níger (Corley, Fallon y Cox 2018), hasta las luchas contra el extractivismo en varias partes de América. Su efectividad —a pesar de tratarse de poblaciones pequeñas, empobrecidas y oprimidas— resulta de una combinación de cohesión y radicalismo, de la voluntad de tomar grandes riesgos juntos. ¿Por qué son los grupos indígenas particularmente capaces de hacer esto? ¿Qué podemos aprender de ellos los que no somos indígenas?

Creo que la respuesta tiene que ver con cómo funciona la hegemonía: específicamente con cómo grupos líderes en la economía, el Estado y la sociedad encuentran aliados para sus proyectos no solo entre otras élites que tienen menos que perder, sino también entre sectores clave de los grupos subalternos. No necesitan aliarse con toda la clase obrera si pueden encontrar un partido socialdemócrata,

² Profetas europeos de la no violencia y la violencia ecológica respectivamente.

sindicatos o un grupo antes privilegiado de hombres blancos con trabajo a tiempo completo para que los apoye en asuntos particulares. No hace falta que incorporen a todas las mujeres o a todas las personas LGBTQ+; basta con que ofrezcan la posibilidad de tomar parte en la buena vida neoliberal a profesionales de tez blanca pertenecientes a estas categorías, así como conceder a ONG y proyectos mediáticos un papel desde el que puedan participar en la creación de políticas. No hace falta que hablen a personas negras, indígenas o a minorías étnicas si pueden ofrecer carreras a algunos, carreras que los demás desearán, etc.

En otras palabras, las élites neoliberales pueden a menudo ofrecer ciertos beneficios a parte de los grupos subalternos —organizaciones, individuos prominentes y sectores relativamente privilegiados del grupo— a cambio de lealtad o al menos una tolerancia pasiva de su papel dominante. Pero hay *otros* grupos subalternos cuya lealtad no es deseada: grupos indígenas, así como los indigentes o los migrantes ilegales, a quienes no vale la pena involucrar puesto que no son numerosos y carecen de riqueza y poder. Este hecho en sí significa que los esfuerzos por involucrar, recompensar, convencer, etc., a miembros de estos grupos son menos extensos.

Es más, el hecho de la indigeneidad también significa que, a menudo, estas poblaciones no tienen a dónde huir de proyectos que destruyen el medioambiente o las opciones de las que disponen son enormemente costosas. Las relaciones son lo suficientemente fuertes como para que se vuelvan a agrupar (como ha mostrado Zibechi, 2007) en las ciudades perdidas de las urbes; pero muchos olvidarán su lenguaje, sufrirán una ruptura de los lazos comunitarios,

perderán una relación con la tierra que forma la base de su economía y cultura cotidianas. Esto, junto con la ausencia relativa de figuras de liderazgo y de organizaciones o miembros que se encuentren en mejor situación y que deseen colaborar con el neoliberalismo, crea un potencial mucho mayor de resistencia.

Una analogía no indígena de lo mencionado es el contraste entre el Gobierno Regional Kurdo (GRK) en Irak — preocupado por maximizar sus ingresos de la producción de petróleo para beneficiar a los grupos clave involucrados, un aliado *de facto* del ejército turco— y AANES. A diferencia del GRK, AANES no controla el petróleo de su propio territorio (un punto fundamental de interés para el régimen y otras potencias) y se enfrenta al peligro de una violencia genocida ejercida por el gobierno, el ISIS (*Islamic State of Iraq and Syria*), Turquía y las milicias yihadistas vinculadas a ella. Nadie está tratando de crear en la práctica una élite de AANES cuya lealtad pueda ser comprada; y la gente común sabe qué le espera si se desmorona el castillo de naipes. Como consecuencia, tienen cada razón para luchar, a pesar de que las probabilidades estén en su contra.

Estas preocupaciones son importantes y solemnizadoras para quienes nos encontramos en otros lugares, sea en las huelgas de los alumnos por el clima, en las organizaciones de trabajadores en búsqueda de un “nuevo pacto verde” o de acción directa de gran escala contra proyectos que destruyen el medio ambiente. Incluso cuando estos movimientos tienen su base en “los miserables del mundo” y no en poblaciones que tienen mucho que ganar de una continuación a corto plazo del sistema, los excluidos en estos contextos están más fragmentados; tienen menos

oportunidades de lograr una cohesión, y la posibilidad de una colusión parcial es mayor. Construir un movimiento de justicia climática realmente eficaz y radical en estos contextos requiere más que buenas palabras; se necesita un enorme esfuerzo para trabajar juntos.



Counter cultural struggles. Tomada de <<https://laurencecox.files.wordpress.com/2013/10/rote-flora.jpg>>.

Cómo nos ha inspirado el zapatismo

Para nuestros otros movimientos, los zapatistas son un faro que nos alerta contra los riesgos de estar simplemente echando porras, y que arroja una luz inquisitiva sobre los numerosos mundos que habitamos, pidiéndonos que consideremos qué necesitan nuestras luchas; y hacerlo.

En vez de ofrecernos un nuevo libro que contenga los secretos mágicos de la revolución perfecta, *caminar preguntando* nos pidió a todos escuchar y aprender mutuamente de nuestras numerosas y diversas luchas. El futuro lo hacemos y lo descubrimos juntos, conforme tratamos de romper lo que nos rompe en nuestros propios mundos, confiando los unos en las respuestas de los otros; no porque sean suficientes para nuestras propias situaciones, sino porque constituyen una dimensión diferente de una lucha compartida y compleja.

En el “movimiento de movimientos” de la alterglobalización, los zapatistas nos inspiraron a hacer esto. En Irlanda, como en muchos otros países, reunimos diferentes luchas desde abajo y a la izquierda, fuera de las ONG y la izquierda estatista/autoritaria, para desafiar a las instituciones financieras internacionales y a los poderosos locales, a las políticas neoliberales y a la destrucción ecológica, y tratar entonces de hacer que otro mundo sea posible.

En gran parte del Norte Global quizás hayamos tenido éxito en poner al descubierto la falta de legitimidad del neoliberalismo, pero allí se acaban nuestros logros. Ahora nos enfrentamos a nuevos problemas; a medida que el neoliberalismo encuentra una crisis tras otra (“guerra contra el terror”, recesión y austeridad, ahora Covid-19 y quizás

pronto el clima), ofrece sus propias soluciones patentadas como si no fuera parte del problema y nos mantiene a todos ocupados discutiendo los detalles.

Aún así, esto refleja la crisis de consentimiento a largo plazo del propio neoliberalismo, puesto que ya no puede ofrecer lo suficiente a una cantidad suficiente de personas, no puede formar una coalición social suficientemente amplia como para poder pensar estratégicamente en el futuro. Estas crisis han estado ocurriendo de manera periódica a lo largo de la historia del capitalismo: las crisis de 1968-1973, de 1943-1948, de 1915-1924; todos estos fueron momentos en que la coalición existente de fuerzas ya no era sostenible y era necesario que emergieran nuevas posibilidades desde abajo (independencia del Imperio, democracia en vez de fascismo, Estados benefactores, la visión de la autonomía) o desde arriba (neoliberalismo, Guerra Fría, fascismo). Todavía no sabemos qué dirección tomará la crisis del neoliberalismo; y es por esto por lo que nos sigue ofreciendo distracciones, para mantenernos concentrados en el futuro próximo, que es, al fin y al cabo, su terreno preferido.

Hablando los unos con los otros

Esta distracción es reforzada, por supuesto, por la propia debilidad de nuestros movimientos a la hora de crear o mantener espacios donde podamos conversar. Si solo podemos comunicarnos a través de instituciones estatales, medios de comunicación con ánimo de lucro, redes sociales o espacios académicos, solo podemos hablar de cierta manera. Y esta manera prioriza, entre otras cosas,

la búsqueda de un titular, el responder a la “última novedad” antes que crear un diálogo, discutir sobre cuál es la opinión correcta que se ha de defender o qué política hemos de pedir al Estado o a las corporaciones; pero no discutir, juntos, *qué deberíamos hacer*.

Lo que podamos necesitar o querer hacer en nuestros movimientos es... muy amplio. Quizás tengamos la necesidad urgente de oponernos al auge de la extrema derecha en sus numerosas y diversas formas en todo el mundo y a la violencia tanto de los Estados autoritarios como de los que han enloquecido por el capitalismo. Si no hacemos esto, no tenemos movimientos capaces de actuar y nuestras opiniones son puro ruido.

Quizás tengamos también la necesidad urgente de actuar para prevenir un desastre climático aún mayor, lo que significa unir nuestra fuerza colectiva para derrocar un sistema construido alrededor de la búsqueda por un crecimiento sin fin en un planeta finito y, antes de eso, romper el poder de las industrias que están intensificando la producción de gases de efecto invernadero: la industria de combustibles fósiles, la industria del transporte, la industria agropecuaria y la industria militar. ¿Somos capaces de imaginar sobriamente lo que haría falta para hacer incluso solo esto?

Sin embargo, muchos de nosotros, o quizás la mayoría, hemos de empezar por la lucha por defendernos individual y mutuamente: mujeres resistiendo el patriarcado y el femicidio; comunidades de clase obrera defendiendo sus empleos y bienestar y creando redes de apoyo mutuo; negros, indígenas, migrantes y minorías étnicas resistiendo la xenofobia y la policía asesina; las comunidades LGB-

TQ+ encarando la homofobia y la transfobia; las personas con discapacidad, con neurodiversidad, con trastornos mentales o con necesidades especiales luchando contra una infinidad de formas de exclusión y estigmatización; comunidades en el punto de mira del fundamentalismo religioso o el “castismo”; artistas, teóricos, periodistas y otros que intentan pensar y crear en las garras de la represión; y la lista continúa.

Somos muy pocos los que no pertenecemos a alguna de estas categorías y somos muchos los que hemos de librar muchas batallas a la vez simplemente por defender quiénes somos y dónde estamos, las personas que queremos y nuestra forma de vivir cada día. No podemos resistir a la derecha, salvar el planeta o crear un mundo nuevo como si fuera algo *aparte* de estas luchas. El rehacer nuestro mundo ha de empezar por nuestras propias necesidades aquí y ahora; sin embargo, a diferencia de lo que nos ofrece el neoliberalismo, esto significa romper las estructuras, fuerzas y actores colectivos (corporaciones, Estados, fundamentalismos, movimientos de extrema derecha) que nos rompen y movernos hacia la creación sin perder estas conexiones mutuas.

El trabajar juntos y el estar en diálogo forman parte de este mismo desafío. Todavía no contamos con un “movimiento de movimientos” que pueda rehacer el mundo: una cosa que podemos hacer es iniciar nuevos diálogos entre los movimientos que vayan más allá de los nichos de mercado neoliberales de nuestros diferentes movimientos y nuestras comunidades, países y tradiciones políticas en lucha; y que sucedan en nuestros propios espacios y para nuestros propios propósitos.

Dice mucho el hecho de que, a diferencia de muchos movimientos “más conocidos” (más visibles en las redes sociales, en la prensa y en los medios audiovisuales, en la esfera académica), los zapatistas no son siempre tan fáciles de ver. No están constantemente opinando sobre las “cuestiones de actualidad” vistas desde la perspectiva de una sala de redacción en una ciudad capital, no se mantienen al tanto del último lenguaje que se requiere para que uno conserve su estatus en las redes sociales, no se codean con los “grandes nombres” del mundo académico actual. Y sin embargo, no cabe duda de que piensan teórica y prácticamente; hacen un uso mucho más creativo del lenguaje que la mayoría de las celebridades; y siempre, siempre hablan de cosas que importan.

En su mayor parte, su revolución no es transmitida por televisión; no recibe *likes* o *shares*; y tampoco es citada. “Y, sin embargo, se mueve”; y mueve montañas.

Pensar como “nosotros”

Se nos pidió, para estos libros de bolsillo, reflejar sobre cómo hemos sido personalmente inspirados por el zapatismo en la creación de iniciativas dirigidas a crear otros tipos de vida en nuestros propios contextos. Sin embargo, no estoy del todo convencido del singular “te” que aparece en la invitación para el libro de bolsillo. W.B. Yeats —cuya magnífica poesía contrasta con su política protofascista y su terrible vida personal— escribió que “el intelecto del hombre” (por supuesto) tiene que escoger entre la “perfección de la vida o la perfección del trabajo”. ¿Pero quién es el que escoge, “yo” o “nosotros”? Para la mayoría de

nosotros, la elección no surge como una suerte de reflexión aislada individual, sino en la intersección de las relaciones interpersonales, donde las conexiones se juntan y saltan chispas de las interacciones de los problemas a los que las personas se enfrentan en diferentes partes del mundo, así como de las maneras en que tratan de resolverlos.

El verdadero trabajo de los movimientos no puede, por definición, hacerse individualmente. En el mejor de los casos estará vinculado al nombre de un individuo por cuestión de conveniencia o de simbolismo (en el peor, como una forma de *branding*). Nuestros proyectos, redes y grupos son siempre cooperativos; si no, no vale la pena el esfuerzo que uno les dedica. Se trata de relaciones de trabajo, donde lo que pensamos y hacemos juntos es mucho más que la suma de lo que podemos hacer a título individual.

Quizás el escribir sea un acto más aislado; sin embargo, para los movimientos también en este caso lo mejor es compartir las experiencias de otros movimientos y las reflexiones de otras personas. Y lo que hace que un escrito cobre vida es que salga al mundo —de una manera gratuita, a ser posible, o a veces en la forma de un libro (a menudo disponible gratuitamente en línea con un poco de búsqueda) — para que pueda ser leído por alguien que lo encontrará útil en su localidad, en sus propias luchas.

El verdadero reto es cómo pensar como el “nosotros” de los movimientos o las comunidades en lucha, cómo desarrollar nuestros propios “medios de producción intelectual” que sean genuinamente colaborativos y basados en la acción, y no como el “nosotros” falso de los titulares de los medios, de las publicaciones en las redes sociales, del ruido académico. ¿Cómo podemos crear un “nosotros” en

la práctica que abarque a los que trabajamos y conversamos con el fin de romper el capitalismo neoliberal y permitir que nuestros numerosos síes florezcan? Si no estamos ya inmersos en una revolución, ¿cómo podemos actuar hacia una revolución y no hacia instituciones existentes?



Fuente: *Activist research*. Tomada de <<https://laurencecox.wordpress.com/2013/10/25/activist-research/>>.

Soplando las ascuas: el significado de la Gira Zapatista

La Gira Zapatista, el nuevo nombre de *Slumil K'ajxemk'op*, la tierra insurgente o la tierra que no se rinde, sopla las ascuas en Europa (nuestro viejo continente rebelde) del movimiento de movimientos que fue inspirado por el zapatismo. Tierra de los corazones radicales de los levantamientos de 2011, 1989, 1968, 1944, 1919, 1871, 1848 o de las Revoluciones Atlánticas que crearon un vínculo entre Francia y América, Irlanda y Haití, así como de todos los diferentes movimientos y las diferentes comunidades en lucha que vendrán a escuchar y a hablar con las delegaciones zapatistas (así como a jugar con los niños o a albergar a los equipos de fútbol femenino).

En nuestras redes diversas que apoyan a la Gira intentamos echar leña, juntar un poco más las ascuas, soplar sobre el fuego y ayudar a que crezca. No se trata solo de un evento y no es simplemente una gira: es una manera de recordar quiénes somos.

Con demasiada frecuencia, nuestros movimientos han quedado atrapados en un espacio de imposibilidad: una y otra vez sentimos que hemos movilizad una fuerza arrolladora, pero nos topamos con un objeto inamovible. En esta imposibilidad, la práctica cotidiana de nuestros movimientos se ha institucionalizado, se ha vuelto nacional o local, ha sido encaminada hacia la provisión de servicios y se ha enfocado en vender imágenes, honrar palabras, construir grupos cerrados de amigos.

Los diálogos que estamos organizando en la Gira deberían, quizás puedan, ayudar a nuestros movimientos

a volver a tomar en serio nuestras metas más amplias y nuestros propósitos iniciales.

Su objeto inamovible, el poder neoliberal, está en una crisis seria y de largo plazo, una crisis de consentimiento que ha sido, en parte, causada por *nuestros* movimientos. De allí las crisis, de allí el giro a la represión y a la extrema derecha, de allí el “socialismo de tontos” retozando por todo el continente en medio de una plaga.

Para nosotros, la Gira es hacer que otros mundos sean posibles, juntos, en la práctica. Soplando las ascuas, estando presentes en nuestras propias luchas y mirando más allá del horizonte capitalista.

Es un buen momento para esto.



Fuente: Participante en la despedida al Escuadrón 421 organizada por el colectivo ZapArtistas, Zócalo de la Ciudad de México, 2021. Foto: Francisco De Parres Gómez.

Paseando a nuestros compañeros: completando la tarea

Como pasó en México y como pasó en la mayor parte del planeta, cuando Irlanda adquirió su “libertad” (independencia nacional, democracia parlamentaria, sufragio femenino, un Estado de bienestar de algún tipo, educación) resultó que no era lo que esperábamos. “El pueblo” —o, más bien, quienes permanecemos en nuestro trozo postcolonial de una isla en vez de emigrar en búsqueda de algo mejor y quienes llevaron la batuta a través de la propiedad, la religión, las redes, etcétera— apoyó a nuestros propios “partidos revolucionarios institucionales” que han ostentado el poder estatal de manera ininterrumpida desde 1919 hasta hoy.

Este país quedó atrapado por una mentalidad enfocada en la pequeña propiedad —la granja, la tienda, la casa en renta, el negocio. La familia, el género, la sexualidad, la religión, todo resultó de esto: la minoría que heredaría en cualquier familia acabó por controlar a aquellos que no heredarían (y a quienes, por ende, no les sería permitido tener familias o relaciones propias). Más allá o por debajo de aquellos se encontraban los trabajadores de la tierra, la minoría étnica de los Nómadas, la clase trabajadora urbana y los Otros de la religión. Y el racismo y la exclusión fueron creciendo en esta tierra.

Y, sin embargo, a pesar de todo, la isla se movió.

Nuestro 1968, como el de ustedes, fue ahogado en sangre; no en la capital independiente de Dublín, sino en la resentida violencia colonial que se ejerció al norte de la frontera en respuesta al movimiento de derechos civiles:

décadas de conflicto norirlandés cuyo legado sigue afectando tanto la política a menos de cien kilómetros de distancia.

Al sur de esta frontera, así como somos uno de los pocos lugares donde los campesinos ganaron la tierra rotundamente, también somos uno de los pocos lugares donde se derrotó a la energía nuclear. Nuestros movimientos tienen una larga historia de luchar juntos contra el poder de la Iglesia: feministas, activistas LGBTQ+, izquierdistas de toda índole y liberales lucharon lado a lado para liberar a cuerpos, corazones y mentes. Los activistas comunitarios de la clase obrera construyeron su propio poder en el terreno en muchas áreas, inspirándose de lo que aprendieron de trabajadores de desarrollo que habían regresado y que se habían vuelto freireanos en América Latina o en Filipinas.

Nuestros movimientos nunca han tenido mayorías, pero seguimos construyendo mayorías y ganando en las calles lo que no podemos ganar en las elecciones. El por qué seguimos imaginando que las cosas serán diferentes es otra cuestión.

Luchamos contra Shell durante 15 años en este siglo — consiguieron una victoria pírrica, pero nosotros ganamos inmediatamente después en la lucha contra la fractura hidráulica, y las nuevas infraestructuras de combustibles fósiles se enfrentan a una ardua batalla. Tras el crac, el Estado intentó mercantilizar el agua y se vio frente a una resistencia masiva liderada por los barrios de clase obrera. Tuvo que reconocer que no era capaz de imponer el control policial en gran parte del Estado y tampoco era capaz de encarcelar a un número suficiente de personas como para implementar la medida por la fuerza.

Tras una larga batalla que duró 35 años, nuestros movimientos finalmente derrocaron la prohibición constitucional del aborto en 2018, y el mito de una Irlanda católica se vio gravemente herido. Sin embargo, el rendimiento de cuentas respecto a la historia más antigua de abuso y respecto a las instituciones todavía tiene mucho camino por recorrer.

Un pueblo rebelde sigue encarando a un establecimiento de traje y corbata, a menudo ganando. Sin embargo, algunos de ellos han estado cortejando a nuestros movimientos durante décadas: dando a nuestros líderes la oportunidad de presentarse a las elecciones al parlamento, ofreciendo concesiones y clientelismo, prometiendo financiación a ONG a cambio de que acepten las prioridades de las políticas estatales, ayudando a profesionales adinerados a que obtengan la respetabilidad que a menudo desean a pesar de su género, raza o sexualidad.

Todo esto hace más difícil que los movimientos se unan. El neoliberalismo baja las expectativas de todos, nos ofrece ganancias si abandonamos a otros movimientos y crea nichos de mercado mediáticos en los que solo oímos hablar de nuestra cuestión o de nuestra organización. Y resulta que muchas personas quieren creer que existe “alguien allí arriba” que defiende las causas justas: el presidente, la oposición, un diputado o concejal local, incluso una celebridad.

Las élites que están en apuros crean nuevas crisis: juegan con el fuego y abren espacio para la extrema derecha de muchas maneras diferentes, intentando conscientemente importar lo peor de los Estados Unidos de Norteamérica de Trump y de la Gran Bretaña del Brexit,

a la vez que intensifican la violencia policial contra los migrantes y las minorías.

Entretanto, la ciudad por la que estamos paseando juntos se ha convertido en un lugar demasiado caro para la gente común. Las personas abandonan una vez más la ciudad por el simple precio de renta de una casa; los hoteles están reemplazando a las casas, incluso durante la pandemia, cuando nadie las está usando.

Y más allá de la ciudad, el mundo arde; la plaga continúa; la crecida sube. Si esto continúa durante mucho tiempo más, la Corriente del Golfo que mantiene el clima de esta isla templado y húmedo dejará de existir; y entonces averiguaremos qué significa estar en la misma latitud que Sakhalin, Alaska y Newfoundland.

No sabemos todavía qué haremos; pero no podemos sino comenzar por donde estamos e intentar pensar más allá de esto juntos; y luego actuar. La Gira Zapatista es un verdadero regalo para nosotros en cuanto a esto. Nos alegra tenerlos aquí, paseando con nosotros, haciéndonos preguntas, aprendiendo mutuamente de nuestras luchas.

Gracias por venir.



Fuente: *Activist learning and thinking*. Tomada de <<https://laurencecox.files.wordpress.com/2014/02/grassroots-lunch.jpg>>.

Bibliografía

- Corley, Íde, Helen Fallon y Laurence Cox. 2018. *Silence Would be Treason: Last Writings of Ken Saro-Wiwa*. Daraja Press, Ottawa. En línea: <<http://mural.maynoothuniversity.ie/10161/>>, consulta: 7 de agosto de 2021.
- Cox, Laurence. 2014. “A Masters for Activists’: Learning from each Other’s Struggles”. *Interface: a journal for and about social movements*, vol. 6, núm. 1, pp. 335-341. En línea: <<http://www.interfacejournal.net/wordpress/wp-content/uploads/2014/06/Interface-6-1-Cox.pdf>>, consulta: 9 de agosto de 2021.
- Dunne, Terence Martin. 2014. *Cultures of Resistance in pre-Famine Ireland*. Tesis de Doctorado en Sociología. The National University of Ireland, Maynooth.
- Fagan, Terry. 2020. *Monto*. North Inner City Folklore Group, Dublín.
- Turner, Alicia, Laurence Cox y Brian Bocking. 2020. *The Irish Buddhist: the Forgotten Monk who Faced Down the British Empire*. Oxford University Press, Nueva York.
- Waziyawatin y Michael Yellow Bird. 2012. “Decolonizing our Minds and Actions”. *Sarweb.org*. En línea: <http://sarweb.org/media/files/sar_press_for_indigenous_minds_only_chapter_1.pdf>, consulta: 11 de agosto de 2021.
- Zibechi, Raúl. 2007. *Dispersar el Poder*. Editorial Abya-Yala, Quito.

Acerca del autor



Laurence Cox

Escritor, maestro y activista comprometido con el apoyo a la gente común para que rehaga el mundo desde abajo. Ha estado involucrado en una amplia gama de movimientos sociales radicales y contraculturas en varios países durante más de treinta años. Ha sido músico callejero, portero de cocina, organizador de jardines de infancia, traductor y editor de medios alternativos. Enseñó a activistas, cuidadores y mediadores. Trabajó en educación especial. Es profesor asociado de Sociología de la Universidad de Irlanda Maynooth e investigador asociado en Collège d'Etudes Mondiales / Fondation Maison des Sciences de l'Homme, en París.

<laurence.cox@mu.ie>.

Acerca de la colección

La Colección *Al Faro Zapatista* es un homenaje a las mujeres, niñas(os), ancianas(os), otroas y hombres zapatistas en sus más de 500 años de resistencia y sus casi 28 años de vida pública rebelde. La iniciativa busca acuerpar la Travesía por la Vida. Lo hacemos desde lo que somos: trabajadorxs de las ciencias sociales, activadas activistas.

Lo hacemos porque el zapatismo ha sido el faro para muchas de nosotras y otrxs habitantes del planeta Tierra.

El faro en medio de La Tormenta provocada por lo que en 2017 las mujeres zapatistas nombraron como el “sistema capitalista machista y patriarcal”, alimentada por el racismo y la “cisheteronormatividad”, como le llaman las diversidades sexuales en movimiento y re-existencia.

Comité Editorial y Organizador

Xochitl Leyva Solano

Lola Cubells Aguilar

Inés Durán

Rosalba Icaza

Sofía Carballo

Jorge Alonso

John Holloway

Arturo Anguiano

Patricia Viera

Julio Diez

Planeta Tierra, 2021

*Haciendo otros mundos posibles:
por qué los zapatistas nos importan*
se terminó de digitalizar en
Tipobyte estudio editorial, en la
ciudad de Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México,
el 25 de octubre de 2021.

COLECCIÓN AL FARO ZAPATISTA

“La Gira Zapatista es un verdadero regalo para nosotros [...] Nos alegra tenerlos aquí, paseando con nosotros, haciéndonos preguntas, aprendiendo mutuamente de nuestras luchas”. Así cierra este libro su autor, al tiempo que le dice a lxs zapatistas: “gracias por venir”. En diálogo con ellos y con todxs lxs lectorxs de este texto, Laurence Cox nos convida a recorrer la ciudad de Dublín y las luchas de la República de Irlanda desde tiempos remotos hasta hoy en día. De esa manera nos invita a comprender por qué los zapatistas importan, les importan, nos importan.

ISBN 978-607-8800-24-7

